

Sociobiología evolutiva: La socialización ¿Proyecto inútil?

Silverio Barriga Jiménez

Universidad Autónoma de Barcelona

Los programas de modificación de conducta están acaparando, en estos momentos, la preocupación de los profesionales sociales. Los psicólogos, en concreto, estamos intentando aplicar a las necesidades sociales el acervo teórico proveniente de la Psicología Experimental.

Sabemos que las técnicas conductuales más científicamente eficaces se basan en los principios del aprendizaje.

Pero tanto las terapias conductuales, como los mismos programas educativos de compensación social, se apoyan en los supuestos de perfeccionabilidad humana y posibilidad de disminuir las diferencias provenientes, en su mayoría, de desventajas socio-culturales.

Y he aquí que ahora estudiosos provenientes de la etología, la ecología y la genética de las poblaciones introducen serias reservas sobre tales supuestos (Wilson, 1975, 1978; Dawkins, 1976; Barash, 1977). Surge la Sociobiología como ciencia que intenta establecerse estudiando las bases biológicas de la conducta social tanto animal como humana (Wilson, 1980, p. 4).

La Sociobiología infravalora el legado cultural en el hombre al resaltar su de-

terminismo genético. Y, sin duda, todos nuestros proyectos humanitarios, profesionales e incluso familiares pueden sentirse resquebrajados por el planteamiento hipotético de la sociobiología.

La hipótesis de la Sociobiología ha desencadenado una tempestad de protestas y denuncias en Estados Unidos, por parte de izquierdistas científicos («radical scientists») de «Science for the People» que han constituido el «Sociobiology Study Group». Para ellos la Sociobiología refuerza el sistema establecido, apoya la política de opresión social, afirma concepciones sexistas y elitistas, apoya ideologías reaccionarias no exentas de nazismo respecto al cociente intelectual, etc.

En la polémica sobresalen el brillante especialista en genética R. Lewontin, el biólogo molecular J. Beckwith, el historiador de la ciencia S. Gould, el antropólogo A. Leeds, y el biólogo de Harvard R. Hubbard.

La polémica bibliográfica iniciada con la obra de Wilson en 1975, se extrema con Dawkins (1976), Barash (1977) y el mismo Wilson (1978). Mientras que Shalins (1977) les lanza una aguda crítica.

Revistas como *Science*, *American Psychologist*, *Animal Behavior*, *Nervous and mental disease*, *Behavioral Science*, *Die Zeit*, *Time*, etc., han divulgado la polémica. Y en 1979 se inicia la publicación de la revista *Ethology and Sociobiology* por Elsevier-North Holland de Holanda.

En España prácticamente aún no nos hemos hecho eco de la misma. Pese, sin embargo, a que la obra epígona de la Sociobiología fue publicada por editorial Omega (Wilson, 1980) cinco años después de su primera edición original.

Sin duda, la polémica sobre los fundamentos biológicos de las conductas sociales no pueden dejarnos indiferentes a quienes prioritariamente apoyamos nuestro ejercicio profesional en la posibilidad de cambio de las diferenciaciones individuales provenientes de un determinado bagaje cultural.

1. La preponderancia de los genes

Para la Sociobiología el organismo es sólo el medio utilizado, inventado, por los genes para multiplicarse.

«... En el tiempo evolutivo, el organismo individualmente cuenta muy poco. En un sentido darwiniano, el organismo no vive por sí mismo. Su función primordial ni siquiera es reproducir otros organismos; reproduce genes y sirve para su transporte temporal... El organismo es el sistema que tiene el DNA para fabricar más DNA» (Wilson, 1980, p. 3).

Existe una individualidad de los genes. Y trabajan «egoístamente» despreciando el «interés evolutivo» de la especie.

El gen es la base que explica los comportamientos individuales y colectivos, tanto en sus manifestaciones fisiológicas, como culturales. Aún más: el individuo está al servicio del gen. Ese gen es una fuerza sin conciencia, sin remordimiento,

sin moral ilusoria, pero dotado de una formidable capacidad de supervivencia.

Los sociobiólogos no desdennan las elaboraciones teóricas sobre el aprendizaje. Simplemente sobrepasan las teorías conductistas al considerar que las mismas capacidades de aprendizaje son cualidades adaptativas, inscritas en los genes de cada individuo; de modo que las diferentes posibilidades individuales de aprendizaje se explican no tanto por los métodos educativos en uso o el entorno social, cuanto por el diferencial potencial genético del individuo.

2. «Egoísmo» ante todo

El altruismo como comportamiento susceptible de aprovechar a los demás en detrimento de uno mismo, posee un sentido adaptativo de supervivencia y prolongación genética.

Tanto la defensa de los hijos por sus padres, como el servicio de las obreras himenópteras sociales en favor de sus «hermanas» (Hamilton, 1972) son formas de la selección parental («kin selection»). Se favorecen los genes propios.

El altruismo individual coincide con el egoísmo de los genes. Incluso en los supuestos casos de selección de grupo o específica no existe tal búsqueda del bien del grupo, sino simple privilegio de la multiplicación de los propios genes. Por ello, en los infanticidios parentales de los cachorros de león (Schaller, 1972; Bertran, 1976, 1978) y del mono «*Presbytis entellus*» (Sugiyama, 1967; Hardy, 1974, 1977), nunca un macho mata a sus propios hijos.

La reacción en contra de la selección específica y en favor de la selección individual ha llevado a autores como Hardin (1978) a afirmar que «la selección, por naturaleza, no está consagrada al bien de la especie. La supervivencia de las especies es sólo un subproducto casi acciden-

tal de la supervivencia de los linajes germinales» (p. 107).

Y en el impulso de la selección individual se considera «natural» la xenofobia. Los prejuicios raciales tienen caracteres biológicos sólidamente arraigados en la naturaleza del hombre (Keith, 1931; Hamilton, 1978; Dawkins, 1978).

La lucha por la supervivencia se considera tan egoístamente anclada en la propia riqueza genética que los sociobiólogos llegan a concluir duramente (Christen, 1979) que, en contra de lo generalmente afirmado «no existe justificación alguna evolutiva, ni científica de los ideales humanitarios» (p. 99). El egoísmo individual no responde a un cálculo de interés, sino a una programación genética.

3. La naturaleza del hombre

Wilson concluye su obra de 1975 con un capítulo que titula «El hombre: de la sociobiología a la sociología», capítulo que desarrolla en su libro *On human nature* (1978).

El sociobiólogo considera al hombre con el libre espíritu de la historia natural, como un zoólogo de otro planeta que estuviera contemplando un catálogo de las especies sociales de la Tierra (Wilson, 1980, p. 564).

Entre las cualidades humanas como rasgos generales de la especie, cabe resaltar:

— La plasticidad de la organización social, supuestamente debida a que «los genes que promueven la flexibilidad del comportamiento social se seleccionan a nivel del individuo» (Wilson, 1980, página 566). Esta plasticidad se hallaría favorecida porque «el hombre ha escapado temporalmente al apremio de la competición interespecífica» (ídem, p. 567).

— La existencia del altruismo recíproco que ha convertido al trueque en economía. El compartir es un rasgo so-

cial fuerte en el hombre. «Se reconoce que las mujeres han sido objeto de trueque entre los hombres» (Fox, 1972).

— La vinculación sexual se intenta que sea permanente, tiende a formalizarse el parentesco y se considera que el núcleo familiar es piedra angular de la sociedad humana.

Dentro de este núcleo familiar existe una división del trabajo por el que «durante el día la mujer y los niños permanecen en el área residencial, mientras que los hombres buscan algo que cazar o un equivalente simbólico, en forma de trueque y dinero» (Wilson, 1980, página 571).

— Existe una competencia entre clases sociales que históricamente ha sido decisiva para el cambio social. ¿Existe predisposición genética para entrar en ciertas clases?

Autores como Dahlberg (1947) y Herrnstein (1971) responden que sí. Wilson afirma que existe «la influencia de factores genéticos hacia la suposición de ciertos roles amplios» (como la homosexualidad masculina) (ídem, p. 572), pero concluye que «incluso, a pesar de la plausibilidad del argumento general, hay pocas pruebas de una solidificación hereditaria del status» (ídem, p. 572). Bien que las «diferencias genéticas en los rasgos mentales, a pesar de ser ligeras, tienden a ser preservadas por el auge de las barreras de clase, la discriminación racial y cultural y los 'ghettos' físicos» (ídem, página 572).

— Los sistemas de comunicación únicos tanto verbales como no verbales (prosódicos: tono, ritmo, volumen, espaciado... de la voz; paralenguajes: vocales como gruñidos, risas, carcajadas, sollozos, gritos; y no verbales como postura corporal, movimiento y contacto, comunicación química). Básicamente porque el hombre posee capacidad para usar una gramática cuyo origen responde a un mo-

delo innato de estructura profunda ya que los principios formales emergían por maduración (Chomsky, 1975). Así se explicaría tanto la construcción jerárquica en la gramática de estructura de la frase, como la gramática de transformación para convertir la estructura de una frase en otra.

— La cultura ha penetrado toda la vida del hombre como sistema auxiliar del sistema biológico. El hombre es por naturaleza un ser de cultura. En las diferentes culturas humanas existe una textura estructural fundamentalmente parecida, dada la dependencia que existe entre la cultura y el sustrato biológico. Los ritos y la religión son las formas más brillantes de la cultura.

Con respecto a la «naturalidad» de la idea de Dios Hardy (1975), en «The biology of Good», sostiene la hipótesis de que la idea de Dios ha debido conferir al hombre una ventaja selectiva.

Igualmente si la moral existe se debe a un imperativo genético que hace que la moral sea ventajosa al individuo. La moral viene a ser una manifestación de egoísmo oculto.

«El estudio del desarrollo moral sólo es una versión más complicada e intratable del problema de la variación genética» (Wilson, 1980, p. 580).

— «La territorialidad es un rasgo general de las sociedades cazadoras-recolectoras» (idem, p. 583) entre las que se sitúa el hombre. Bien que la territorialidad humana llegue a particularizarse en formas obviamente funcionales. La apropiación territorial es tan profunda en la naturaleza humana que en la lucha contra los grupos hostiles que rodean «la xenofobia se convierte en virtud política» desembocando así, a veces, en la guerra (Wilson, 1980, p. 583).

— El dominio del hombre sobre la mujer responde a un rasgo general del ser humano. Aún más, la determinación ge-

nética preside las diferencias comportamentales entre los sexos; pues existen diferencias cerebrales nada despreciables entre los sexos (Waber, 1976; Sherman, 1978; Sullerot, 1978; Harris, 1978).

Wilson, haciendo análisis de los factores que han presidido la evolución social del hombre, concluye que «el cambio mental y social llegó a depender más de la reorganización interna y menos de las respuestas directas a las características del ambiente circundante» (idem, p. 592).

4. El futuro del hombre

Wilson predice que la biología alcanzará su desarrollo máximo con la rápida maduración de las Ciencias Sociales. Dice igualmente, que cabe esperar una explicación nerviosa completa del cerebro humano.

Y al referirse a la sociobiología evolutiva concluye que tendrá dos vertientes:

— reconstrucción de la historia de la maquinaria humana, identificando el significado adaptativo de cada una de sus funciones; y

— el control de las bases genéticas del comportamiento social. Así se llegará a «un código de ética genéticamente preciso y, por tanto, totalmente justo».

«Para mantener a la especie de forma indefinida, nos vemos obligados a dirigirnos hacia un conocimiento total hasta los niveles de neurona y gen. Cuando hayamos progresado lo bastante como para explicarnos a nosotros mismos en estos términos mecanicistas y las ciencias sociales lleguen a florecer por completo, el resultado podrá ser difícil de aceptar» (Wilson, 1980, p. 593).

5. Reflexiones críticas sobre la Sociobiología

— No cabe duda de que tenemos un cierto horror al darwinismo social por el

que, renunciando al modelo rusioniano de bondad natural, se considera una sociedad basada en la competitividad y la lucha egoísta.

Y, sin embargo, parece ser el común denominador de muchas especies infra-humanas y de las humanas en muchas ocasiones de su historia.

— Dado que nuestro sistema social está ideológicamente basado en el supuesto de máxima igualdad genética y en el esfuerzo por disminuir las diferencias socio-culturales, se teme que el estudio de la naturaleza biológica del hombre pueda desmoronar dicho sistema.

Y, sin duda, nunca el conocimiento de la propia naturaleza biológica tiene por qué ser obstáculo para elaborar proyectos humanistas en pro de la máxima igualdad humana; sobre todo si se considera el evolucionismo cual proceso dinámico capaz de trascender su estadio actual.

— En la querrela contra los sociobiólogos, tal vez se abuse de la argumentación exclusivamente ideológica. Lo que no significa poder aceptar la concepción aséptica en el estudio de una ciencia que necesariamente concluye en compromisos socio-culturales de relevante importancia para la vida diaria del hombre en sociedad.

— Sin duda, insistir en el bagaje genético del hombre supone incidir en el instinto como protector del hombre, frente a cualquier desarrollo cultural que pudiera ser autodestructivo para el propio hombre. Máxime que hoy nadie niega la inmensa carga genética que el hombre hereda específica e individualmente. Ahora bien, el que incluso la cultura se base en el soporte genético, no invalida los programas por eliminar las diferencias sociales sobre los que se levanta el complejo mundo de la vida diaria. Disminuir esas diferencias valida generalmente los procesos político-educativos.

— Ahora bien, el enorme error de la Sociobiología radica en la alegría con que extrapola al animal humano los rasgos sociales propios de especies inferiores. El gigantesco desarrollo del cerebro humano, con el uso de sus ricos sistemas de comunicación, etc., hace del hombre un animal único.

Aún más, la normalidad estadístico-evolutiva, a lo largo de la historia, tampoco creemos pueda considerarse argumento decisivo para «naturalizar» una situación de hecho.

— Al aceptar al gen como unidad comportamental se hipostasía al gen, cuando realmente quien existe como unidad comportamental es el organismo.

— El «altruismo-egoísta» (dentro de un lenguaje exageradamente antropomórfico) de los insectos es unidireccional, mientras que en el hombre es bidireccional. Esta es una diferencia radical. Máxime si tenemos en cuenta que los animales inferiores no distinguen entre individuos, sino entre especies.

— Pero por encima de cualquier crítica hemos de recordar que el gran desafío de la Sociobiología radica en demostrar la veracidad de su modelo hipotético.

Pero en cuanto modelo no podemos quedar inertes a sus consecuencias ideológicas. La ciencia no es neutral, ni en sus desarrollos metodológicos, ni, sobre todo, en sus planteamientos hipotéticos.

Las vidriosas hipótesis de que:

- la familia nuclear está enraizada biológicamente;
- el hombre domina naturalmente a la mujer;
- la sumisión y el adiestramiento se deben a predisposiciones genéticas;
- los genocidios han podido desempeñar un rol en la evolución humana;
- la estratificación social es biológica-

mente normal, etc., nos aparecen excesivamente apropiadas para el mantenimiento de un determinado «statu quo» social, al suponer que «lo que existe es lo más adaptado»; y que, en consecuencia, todo esfuerzo por romper ese equilibrio social ha de comportar desorganización de negativas consecuencias.

Las hipótesis de la Sociobiología, cuando menos, paralizan la acción de cuantos profesionalmente estamos comprometidos en disminuir las diferencias socioculturales de nuestros semejantes. Y cuando uno se percata del desarrollo que la divulgación de las hipótesis de la Sociobiología está obteniendo, sólo cabe introducir crítica cautelada. Se ha llegado a considerar que el capitalismo está inscrito en nuestros genes. «Para bien o para mal, el interés personal es la fuerza motriz de la economía puesto que se halla inscrita en los genes de cada individuo» (*Business Week*, 10-4-78). Y en dicho interés personal se halla la base del capitalismo actual.

Sin duda el desarrollo etológico y genético han de depararnos sorpresas insospechadas en el conocimiento del hombre. Pero lo que no podemos hacer es ahorrar esfuerzo en conocer las leyes objetivas que actualmente rigen la conducta del individuo y de los grupos humanos, amparados en la idolatría de un modelo evolucionista que de inmediato favorece socialmente a quienes lo enarbolan, pues en él hallan la justificación de sus privilegios.

Además cabe resaltar la infravaloración que la Sociobiología establece respecto a la cultura, como creación distintiva del hombre en el plano simbólico.

Evidentemente que la biología es elemento absolutamente necesario para explicar el comportamiento del hombre y, en consecuencia, la cultura. Pero también es cierto que la biología es totalmente insuficiente en dicha explicación.

Por otra parte, el pretendido isomorfismo entre propiedades biológicas y propiedades sociales, sólo aparece como secuela de la vieja trampa del antropomorfismo.

Y no necesariamente concuerdan las motivaciones individuales como disposiciones innatas o no y la forma social en que se incardina el comportamiento del sujeto. Los móviles de la guerra pueden no tener nada que ver con los de quienes luchan en el frente (por patriotismo, salvaguarda de valores concretos, etc.).

La cultura como creación simbólica del hombre, establece discontinuidad en la evolución filogenética. La cultura sobrepasa el determinismo genético.

En el hombre, el acontecimiento simbólico establece radical discontinuidad entre la naturaleza y la cultura.

Cuando intentamos explicar al hombre, en el vaivén entre la naturalización de la cultura y la culturalización de la naturaleza, falta sopesar adecuadamente tanto la específica filogénesis humana como su originalidad socio-cultural.

Finalmente, la Sociobiología se declara partidaria decidida de la selección a nivel individual.

El altruismo social desaparece en servicio del «egoísmo» genético. La automaximización: de ahí la finalidad del ADN. Se propugna una concepción utilitaria, comercial de la vida. Después no será difícil desarrollar los siguientes eslabones hipotéticos del «egoísmo» de la selección individual, a la competición interindividual, a la automaximización y... a la explotación del otro.

Todo un programa curiosamente acorde con una determinada situación. Surge, pues, la sospecha ideológica en esa identidad de valores con cierto tipo de sociedad como si la sociobiología se instaurara como legitimadora ideológica de una situación opresora en la que los protago-

nistas «casualmente» son parte integrante del grupo de los privilegiados.

En el fondo se incide en un utilitarismo sociológico que pretende identificar lo biológico y lo social del hombre, subordinando lo simbólico a lo «natural».

Viene a confundirse, en consonancia con la herencia del pensamiento de Hobbes, el espíritu de concurrencia y búsqueda del propio beneficio, con los elementos constitutivos y prioritarios de la naturaleza. Se instaura, pues, la evolución histórica como lógica de la naturaleza. Del análisis de una sociedad concreta se pasa a la explicación de la misma manteniéndose en los mismos términos.

Básicamente la Sociobiología considera que el principio de la búsqueda de la máxima aptitud individual es el que rige la selección natural. No vemos por qué un principio de la mínima mejora o ventaja relativa no sería suficiente para explicar dicha selección.

Todo el esfuerzo de los sociobiólogos para desentenderse de cualquier selección de tipo específico en pro de la selección individual o parental (kin selection) rezuma excesiva opción ideológica, como para no expresar nuestras sospechas.

Tal y como nos recuerda Shalins (1977) se pueden esgrimir numerosos argumentos de tipo antropológico que matizan las afirmaciones de la sociobiología sobre la selección parental.

En efecto:

- Los sistemas de relaciones de parentesco en el hombre se constituyen de reglas arbitrarias (matrimonio, residencia, filiación) que en nada se ajustan a los coeficientes de vinculación genética.

- El parentesco no es sólo un código de referencia, sino de conducta. Así los procesos de cooperación en la producción, en la limpieza, en la mutua ayuda, en los intercambios matrimoniales... están presididos por las relaciones parentales que se han constituido culturalmente.

- El parentesco es una característica de sólo las sociedades humanas, que se autonomizan así de las relaciones naturales.

- Los hombres no sólo se reproducen físicamente, sino que también lo hacen socialmente. Pues se reproducen: los sistemas de los grupos sociales, sus categorías, sus relaciones, etc.

- Los hombres socialmente se definen no por sus cualidades fisiológicas, sino por sus atributos simbólicos. La sociedad humana se basa en la cultura como condición del sistema de organización y reproducción.

Aún más, la «realidad» se constituye sistemáticamente en el marco de un mundo cultural.

Para explicar la evolución humana no hay por qué concluir con una noción de selección que se identifica con la explotación de un organismo por otro, en nombre del refuerzo «egoísta» de la aptitud genética. En ese caso la selección es sólo el medio al servicio de los objetivos del organismo (su maximización genética) y desaparece, pues, como fuerza directriz de la evolución específica.

Desde el momento que el hombre se constituye como ser social y «construye» su realidad en la interacción, necesariamente hecha de simbolismos, no podemos reducir los móviles del comportamiento social a la mera ventaja reproductora del individuo.

El hombre ser biológico, es también ser social; y sus proyectos fisiológicos se entrelazan con sus proyectos sociales en una simbiosis compleja y necesariamente más esperanzadora que el puro determinismo genético. No infravaloramos la programación genética, simplemente recordamos la conveniencia de resaltar la originalidad cultural del hombre, con la multivariada de posibilidades que ella encierra en el contexto de una filogénesis evolutiva.

Referencias bibliográficas

- BARASH, D. P.: *Sociobiology and behavior*, Amsterdam: Elsevier, 1977.
- BERTRAM, B.: «Kin selection in lions and in evolution». En BATESON, P. y HINDER, R. (eds.): *Growing points in ethology*, Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
- BERTRAM, B.: *Pride of lions*, Londres: J. M. Dent, 1978.
- CHRISTEN, Y.: *L'heure de la sociobiologie*, París: Albin Michel, 1979.
- CHOMSKY, N.: *Reflections on language*, Nueva York: Pantheon Books, 1975.
- DAHLBERG, G.: *Mathematical methods for population genetics*, Basilea: Karger, 1947.
- DAWKINS, R.: *El gen egoísta*, Barcelona: Labor, 1979.
- FOX, R.: *Anthropologie de la parenté*, París: Gallimard, 1976.
- HAMILTON, W. D.: «Altruism and related phenomena, mainly in social insects». *Annual Review of Ecology and Systematic*, 1972, 3, 193-232.
- HAMILTON, W. D.: «Aptitudes sociales innées chez l'homme: approche par la génétique de l'évolution». En R. FOX (ed.): *Anthropologie biosociale*, París: Presses universitaires de France, 1978.
- HARDIN, G.: *The limits of altruism: an ecologist's view of survival*, Bloomington: Indiana University Press, 1978.
- HARDY, A.: *The biology of Good*, Jonathan Cape, 1975.
- HARRIS, L. J.: «Sex differences in spatial ability: possible environmental, genetic, and neurological factors». En KINS-BOURNE, M. (ed.): *Asymmetrical function on the brain*, Cambridge: Cambridge University Press, 1978.
- HERRNSTEIN, I. Q.: *Atlantic Monthly*, 1971, 228 (3), sept. 43-64.
- HRDY, S. B.: «Male-male competition and infanticide among the langurs (Presbytis entellus) of Abu, Rajasthan». *Folia Primatologica*, 1974, 22, 19-58.
- HRDY, S. B.: *The langurs of Abu: female and male strategies of reproduction*, Cambridge (Mass): Harvard University Press, 1977.
- KEITH, SIR A.: *The place of prejudice in modern civilization*, Nueva York (N. Y.): J. Day and Co., 1931.
- SAHLINS, M.: *The use and abuse of biology*, Ann Arbor (M.): The University of Michigan Press, 1977 [trad.: *Uso y abuso de la biología*, Siglo XXI, Madrid, 1982].
- SCHALLER, G. B.: *The serengeti lion: a study of predator-prey relations*, Chicago: University of Chicago Press, 1972.
- SHERMAN, J. A.: *Sex-relative cognitive differences: an essay on theory and evidence*, Springfield: Ch. C. Thomas, 1978.
- SULLEROT, E. (ed.): *Le fait féminin*, París: Fayard, 1978.
- WABER, D. P.: «Sex differences in cognition: A function of maturation rate?». *Science*, 1976, 192, 572-574.
- WILSON, E. O.: *Sociobiology: the new synthesis*, Cambridge, M.: Harvard University Press, 1975 [trad. castellana, 1980, *Sociobiología: una nueva síntesis*, Omega].
- WILSON, E. O.: *On Human Nature*, Cambridge, M.: Harvard University Press, 1978.
- YELA, M.: «Herencia y ambiente en la Psicología contemporánea». *Boletín informativo* (Fund. J. March), 1978, 76, 3-25.